

LA LIRICA DE LAS RUINAS

En muchas formas vivas de la existencia humana se sospecha y rastrea el sentimiento lírico de «ser para la muerte» que hay en el hombre. Tal ocurre con los sutiles nexos que las ruinas tienen con la voz secreta de la muerte que a todos nos suena dentro.

Ha dicho Ortega que «algo es una ruina cuando queda en ello el esfuerzo vital necesario para que la muerte perpetúe su gesto destructor. En las ruinas, quien propiamente vive y pervive es la muerte». Ante las ruinas, siempre nos invade trépido y congojoso el sentimiento de que todo muere. Toda ruina, por de pronto, es un cadáver; y todo cadáver de ser vivo nos parece el montón de ruinas de una vida. Pero esta interalusión recíproca de ruinas y cadáveres nos insinúa el metafísico lenguaje entre la vida alta del espíritu y lo sordo mineral. No sabríamos decir quien abandonó este noble castillo de la serranía, ni cuándo, ni por qué está vestido melancólicamente de vejez y jaramagos, absorto en el rumor de abejas de toda su soledumbre, mientras dorados lagartos arlequines patrullean en vanguardia de una invasión incruenta y leda, por parte de la Naturaleza que lenta y obstinadamente, va tomando todas las posiciones a la Historia. No es la piedra pergamínosa lo que nos melancoliza, sino el sentimiento subálveo y elegíaco de que en este castillo vivieron, almas, acaso esplendorosas, que contribuyeron a la Historia con este texto ahora despaginado y criptográfico como un rubio palimpsesto de granito. Quizás algún día, reabsorbidas por la Naturaleza en incógnitos metabolismos, estas piedras volverán a sensibilizarse, gracias a la siembra en su polvo de otras semillas creadoras del espíritu. Y quizás de ellas, renacerá otra vez, la forma y el latido y el impulso de afirmación y vida... Pero aca-

so ya no será castillo, sino cabaña o palacio, rascacielos o acueducto. La melancolía agrídulce de toda ruina brota del sentimiento de que en ella hay un alma dormida en el mundo mineral de lo cadáver, pero también de que, en todo cadáver, se oculta y calla un impulso germinal de vida: *Caro Data Ver-mibus*.

Ello hace resonar, en cada uno, la palingenesia de nuestra vida. Sobre las ruinas de mi cadáver, el espíritu sembrará otras semillas y mi polvo mineral será aventado y renacido en otras arquitecturas humanas, después de que de sus piedras derribadas se haya desprendido la floreal mariposa de mi alma. Y en la Historia, los hombres se cambian como las piedras de este castillo; advienen no se sabe cómo, sirven a un designio que les viene de no se sabe dónde y se mueren sin que sepan por qué. Solo sabemos que nuestra vida envejece, se hace poco a poco piedra mineralizada de castillo en el hombre anciano y después se muere dejándose invadir de ruinas por la Naturaleza. De ellas saldrá la vida para nuevas Edades Medias, nuevos Clasicismos y nuevas decadencias.

El alma, que ama la vida, siente melancolía ante el lugar de donde la vida huyó; de ahí la tristeza honda que sentimos ante el cadáver de un desconocido y de ahí, la tristeza delgada, pero no menos honda, ante el nido viejo, la casa deshabitada o el jardín abandonado. El alma ama la vida y siente nostalgia de la vida ausente cuyo sutil rumor de alas y su perfume, quedan siempre en donde aquélla habitó. Pero veamos qué ecos levanta también en nuestra conciencia del tiempo:

Lo antiguo, sin duda, no es lo viejo. Algo es antiguo cuando lo pasado se alberga en ello, no como tal pasado, sino que es atraído hacia el presente; y

es viejo cuando el sentimiento del tiempo toma la dirección contraria, y es el presente vivo que empieza a verse por la espalda, a sentirse pretérito. Lo antiguo dá la conciencia de un tiempo objetivo, escrito, que aún forcejea por sobrevivir con vertical dignidad en nuestro presente. Lo antiguo no necesita hallarse en ruinas; por el contrario, con ellas, se le injerta el sentido de la caducidad, de lo viejo, que es sentimiento de un presente que se nos va volviendo pretérito; lo viejo lo es, porque se presenta en ruinas; sin ruinas no hay vejez. Quien se siente antiguo (de creencias, de gustos, de saberes), se percibe a sí mismo como eternizado, hecho solera y sustancia. Quien se siente viejo, se nota cansado, empieza a sentirse en ruinas. Lo antiguo es lo que sobrevive en valor frente a lo que pasa y perece, dá la imagen de la supervivencia y la inmortalidad, del triunfo sobre la muerte; algo hay entonces en la ruina que permanece ennoblecido por la permanencia y ese algo es lo antiguo. Nadie se siente ir volviéndose antiguo; pero sí nos sentimos ir volviéndonos viejos; porque lo viejo se siente a sí como tránsito y perención, tallándose en las arrugas de las propias ruinas.

De una fábrica de harinas destruída por un incendio, de un palacio triturado por un terremoto o un bombardeo decimos que se hallan en ruinas, pero aquello no nos parece antiguo, sino viejo; tenemos ante ellas el sentimiento de la desolación y de la muerte, pero no el sentimiento del tiempo que pasa. Aquella emoción no es emoción histórica, sino la emoción de lo tanático; no es la Historia la que nos habla allí con su profundidad y su infinitud, sino la Naturaleza con su fatalismo. Y aún dentro de lo antiguo, aún sin traspasar la emoción viva de lo histórico, no todo lo derruído nos inspira iguales sentimientos. El castillo invadido por las retamas y los lagartos nos dan la emo-

ción de la Historia vencida por la Naturaleza, emoción que Simmel atribuyó a todas las ruinas. Pero no es esa la misma emoción que experimentamos ante el Foro de Roma o la Acrópolis de Atenas; ni éstas, entre sí comparadas, nos dicen lo mismo. En las ruinas romanas, experimentamos la nostalgia de la grandeza vencida; en las de Atenas, hallamos la tristeza del arte anochecido. En unas y otras parece que la Naturaleza misma se ha hecho tiempo, pero que la personalidad humana ha sido allí vencida por lo impersonal de la Historia; de ahí la venerabilidad de cosa antigua que tienen esas ruinas, y que no le encontramos a las de lo meramente viejo.

Ante una casa derruída por su propia vejez lo femenino siente lo viejo, pero no lo antiguo; ante un torso helénico o una Terma romana mutilada, se exalta el sentimiento fáustico de lo antiguo, pero no de lo viejo. Pero sea cualquiera la naturaleza de la ruina, el alma se nos sienta junto a ella para meditar sobre la muerte entre dulcedumbres de llantos y coloquios íntimos, como se nos sienta ante los muros rotos del hogar deshecho o al borde de la tumba del ser querido. Ahora bien; no siempre a lo largo de la Historia, han tenido las ruinas la misma significación ante el hombre. Hay etapas históricas en que el hombre se siente goloso de ruinas y hasta las cultiva, y etapas en que apenas si el hombre siente emoción histórica ante ellas. En la verdadera Edad Media europea (que termina hacia el siglo XII) el hombre ante las ruinas siente lo viejo, pero no lo antiguo; donde las halla, se sienta a llorar con la emoción farádica del terror sagrado ante el paso de la muerte, pero no siente emoción alguna histórica ante las ruinas como si él mismo se sintiera ruinas y casi Naturaleza.

PEDRO CABA.

(Continuará).